

Desde la finanzas

Juan Carlos Fierro (Estados Unidos)

Estudió Ciencias Políticas en la Universidad de George Mason en Fairfax, Virginia, Estados Unidos. Ha trabajado en la Corporación Interamericana de Inversión, subsidiaria del Banco Interamericano de Desarrollo y para la Corporación Financiera Internacional, subsidiaria del Banco Mundial en Washington D.C.

El aspecto más significativo que destacó en el Congreso fue el influjo que las enseñanzas de Josemaría Escrivá de Balaguer sobre la Santa Misa han ejercido en su vida cristiana al convertirse el quicio en torno al cual gira toda la jornada.

El objetivo de mi breve exposición será el siguiente: intentaré dar a conocer cómo, tras mi encuentro con las enseñanzas del Beato Josemaría referentes a la Santa Misa, éstas han influido en mi modo de trabajar. Es decir, cómo mi trabajo ha experimentado una serie de cambios, tratando de poner en práctica lo que dicen los escritos del Fundador del Opus Dei sobre la centralidad y adicalidad de la Santa Misa, por ejemplo en *Forja*: «lucha para conseguir que el Santo Sacrificio del Altar sea el centro y la raíz de tu vida interior, de modo que toda la jornada se convierta en un acto de culto —prolongación de la Misa que has oído y preparación para la siguiente—, que se va desbordando en jaculatorias, en visitas al Santísimo, en ofrecimiento de tu trabajo profesional y de tu vida familiar»¹. Por eso y, antes de entrar propiamente en este tema, es necesario que, al menos someramente, explique a qué me dedico. Soy un asesor financiero, lo que coloquialmente se llama *broker*. Trabajo para una conocida empresa de inversiones en Washington D.C. A grandes rasgos, mi ocupación consiste en asesorar a mis clientes —situados en distintas partes del mundo— sobre las diversas oportunidades de inversión, aconsejándoles una u otra según sus deseos y necesidades. Se trata de un trabajo ciertamente estresante y competitivo, muy en dependencia de la situación puntual del mercado ya que, muchas veces, enterarse de una noticia

¹ *Forja*, 69.

o saber interpretarla “antes que el resto” hace la “diferencia”. Sé que mi jornada comienza alrededor de las 8.00 am, pero lo que no siempre puedo prever es cuándo terminará.

El encuentro con los escritos del Beato Josemaría se concretó, en un primer momento, en el hecho de recibir una formación y en la lucha por vivir unas determinadas prácticas de piedad a lo largo de cada jornada, prácticas que me recordasen y me remitiesen a Dios. Esto ya trajo consigo, evidentemente, un modo diverso de enfocar mi trabajo pero, y es aquí donde me quería detener, fue cuando caí en la cuenta de la importancia que Josemaría Escrivá de Balaguer daba a la Misa cuando mi trabajo adquirió, si se puede hablar así, una nueva “dimensión”. Evidentemente, este “descubrimiento” de la Misa como algo “central” y “radical” en mi jornada se tradujo en el hecho de incorporarla diariamente a mi horario de trabajo; pero la “dimensión” a la que me refiero va más allá de una mera cuestión de frecuencia, de un asistir a la Misa con más o menos regularidad. El Beato Josemaría se refería en ese punto de *Forja* a la Misa como centro y raíz de la vida interior y al hecho de convertir la jornada en un acto de culto. El hecho de tratar de calar y concretar el mensaje de estas dos afirmaciones me llevó a pensar en la unión, primero, de la Misa al trabajo y, posteriormente, del trabajo a la Misa. Por eso, a continuación, paso a comentar esta doble dimensión.

La Misa se une al trabajo. Cuando voy a Misa tengo claro que no se trata simplemente de asistir, de hacer un mero acto de presencia. Es poco tiempo y en mi profesión, como he señalado, el “tiempo es dinero”: soy consciente de que tengo que aprovechar bien esos pocos minutos. Durante la Misa ofrezco a Dios mi trabajo, mi familia, amigos y clientes; trato de alabar a Dios y también pido, sobre todo, durante la Comunión. Pido, no sólo por el buen término de las operaciones sino también luces, ayuda, para las gestiones y decisiones de la jornada y por las personas que han depositado su confianza en mí. Agradezco tantas cosas [...] y dejo en las manos de Dios tantas incertidumbres. En esta media hora parece que todo se calma. Pienso entonces que estoy ante el “motor” que dará sentido, después, a tantas prisas, que me ayudará a mantener la paz y la serenidad ante los imprevistos y dificultades.

Y, por otra parte, también el trabajo se une a la Misa. De nuevo ya en la oficina, al teléfono, en una reunión o visita, ante la pantalla del *computer*, etc. procuro tener presente lo que estoy por vivir o acabo de vivir: el sacrificio de la Misa. Esto se traduce en una serie de manifestaciones concretas. De todos modos, siendo consciente de que hay aspectos en mi modo de enfocar y plantear el trabajo que realmente han cambiado, no soy consciente de todos ellos, de algunos no sé explicar exactamente por qué han cambiado y, me imagino, que otros tantos no han terminado de cambiar, es decir, que todavía están en fase de cambio. Por ello,

simplemente comentaré, muy sucintamente, tres aspectos que, por lo demás, se me presentan como evidentes:

El primero de ellos es el trato con la gente. El hecho de cómo la Misa ha influido exactamente en este cambio no lo sabría explicar aunque estoy convencido de que ha sido así. El hecho es que ahora ya no veo cada persona como una fuente de inversiones a gestionar sino, más bien, alguien que ha puesto su confianza en mí y al que debo ayudar. Esto me lleva a tener un trato más profundo, sincero y cordial con cada cliente; trato que, muchas veces, planteado así —como un verdadero servicio— supera el ámbito meramente profesional. Me doy cuenta de que, a veces, más que tratar de dar explicaciones, el paso de lo estrictamente profesional a lo personal es debido a este modo de actuar. Suele ser a través de pequeños detalles, una llamada felicitándole por un evento familiar, preguntarle por la familia, contarle mi experiencia en el trabajo, etc., cuando salen a relucir sus preocupaciones, sus pequeños o grandes conflictos familiares y, entonces, trato de ayudarles.

Un segundo aspecto que, al igual que el anterior, también me resulta difícil de describir es explicar exactamente cómo la Misa ha actuado pero que, evidentemente, lo ha hecho es el siguiente: me doy cuenta cómo mi trabajo no depende ya tanto de la situación puntual del mercado, de sus subidas y bajadas, de sus fluctuaciones. Como comentaba anteriormente, la Misa constituye el motor, la fuerza, de la que trato de sacar serenidad y paz para el resto del día. Obviamente, no es que se hayan acabado los problemas e imprevistos, lo que ha cambiado es el modo de afrontarlos.

Y, un último aspecto, que emerge como evidente al considerar simplemente esa doble dimensión, es el de la unidad que, ahora, posee mi jornada. Este modo de vivir la Misa me ha llevado a encontrar como el hilo con que unir todos los aspectos del día [...] y de la vida. Es decir, antes vivía como moviéndome entre pequeñas “islas”: la isla familiar, la del trabajo, la de los amigos [...], islas con poca o casi ninguna relación entre ellas. El hecho de unir las a la Misa ha supuesto, fuera estrictamente del momento del sacrificio, encontrarlas y verlas unidas en la práctica.

Soy consciente de que lo dicho aquí no son más que unas pinceladas y, además, muy personales. Con ellas he querido, simplemente, manifestar lo que ha supuesto para mí, en la práctica, el descubrir la Misa como centro y raíz de la vida interior y el hecho de tratar de convertir la jornada en un acto de culto. Mientras escribía estas líneas pensaba, por la cercanía de los acontecimientos, en el desastre del *World Trade Center*. Yo trabajaba allí, en el piso 63, donde hace pocos meses han perdido la vida varios amigos míos. Mientras pido al Beato Josemaría por ellos, le doy las gracias porque, a través de sus enseñanzas, he comenzado a profundizar en algo tan importante para un cristiano.